
DIA DÉCIMO.

EL ÚLTIMO VIAJE Y EL PRIMER DOLOR.

In filiis agnoscitur vir.
Al hombre se le ha de conocer en sus hijos.

(ECCL. XI, 30.)

Figuraos, hermanos míos, un anciano labrador, dueño de un campo fértil, que desde los albores de su juventud se dió en cultivar con amorosa industria, enriqueciéndolo con toda suerte de fructíferas plantas, para que, en su día, produjesen abundantes frutos que compensasen los sudores de su frente. Cierto, que este hombre, está de tal modo en cuerpo y alma en su heredad, que de día piensa en ella, y pasa la noche lleno de esperanzas; y por poco que deba vivir alejado de ella, no halla reposo en ninguna parte. Plantas tiernísimas de los padres fueron, en otro tiempo, considerados los hijos engendrados por ellos á la vida de esta tierra; de ahí la gran solicitud por el lugar en que se hallaban, ora para atender á su educacion, ora para sustentarlos con el trabajo, ó para recrearlos viajando, y amaestrándolos, al mismo tiempo, en el modo de vivir cual conviene: solicitud tan viva como justa, que no se daban momento de reposo, hasta ver florecientes y prósperos en virtudes y santidad á aquellos suaves frutos de su ternura. Pero ¡ah! este amor, como tantos otros, vida de la familia y fuente del bienestar público, se ha entibiado. ¿Qué digo? ha, al parecer, desaparecido casi enteramente, á consecuencia de las perversas doctrinas del siglo, encaminadas todas ellas á destruir la obra de la regeneracion social, debida á la redencion de Jesucristo; puesto que no es raro, hoy dia, ver hijos abandonados tan á sí mismos, como si fueran huérfanos de padres; peor de lo que se veía en el paganismo. ¿Qué tiene de extraño, pues, que en nuestros días, los hijos se perviertan y tropiecen de precipicio en precipicio; y los padres, en justo castigo de su negligencia, se vean

abandonados y faltos de toda ayuda, y abandonados á su dolor en los dias de mayor necesidad? ¡Oh padres de familia! venid, venid esta noche á instruiros y edificaros en el arte imperioso de vuestro espinoso estado, viendo de qué manera Joaquin y Ana se portaron con su dulce hija María, y, por consiguiente, los frutos de temporal y eterna felicidad que alcanzaron del Cielo. Pidamos ántes la gracia. A. M.

Tal era el amor de que se sentían llevados Joaquin y Ana hácia su amada hija, que no pudiendo soportar por más tiempo no tenerla en su compañía, determinaron establecer su morada lo más cerca posible del Templo de Jerusalem. Cierto, que este viaje no les era nuevo ni extraordinario, puesto que lo hacían muchas veces al año para concurrir á las grandes solemnidades de su nacion, solícitos y celosísimos de cumplir exactamente la ley, á cuya observancia estaban acostumbrados desde la más temprana juventud. Y sabida es la sentencia del Espíritu Santo, que la senda por la cual comenzó el jóven á andar desde el principio, esa misma seguirá tambien en la más tarda y reflexiva vejez (1); esto es: que aun en los últimos años de nuestra vida, seremos ni más ni ménos, lo que ahora somos. Por consiguiente, si al presente frecuentamos los sacramentos, si oramos y si somos honrados, cuando ancianos, seremos dichosos; por el contrario, aquel que dice, que habrá tiempo para pensar en la salvacion del alma en edad madura, sin duda alguna ese tal, llegará á la hora de la muerte manchado de muchos pecados. Pues si tan remisos andamos ahora, que nos hallamos en la plenitud de las fuerzas vitales y es más firme la voluntad; ¿cómo podremos lisonjearnos de suficiente energía, cuando, llenos de años y de pecados, permaneceremos en un profundo letargo? ¡Ah, Señor! ilumina nuestra mente para que hagamos justo aprecio de nuestros intereses, y evitemos el precipicio de la eterna ruina, guiados siempre por el espíritu de disciplina de tu gracia.

El ánimo y la vida de Joaquin y Ana estaban profundamente informados por esta disciplina, acostumbrados, desde su primera juventud, á todas las prácticas religiosas de su nacion, de suerte, que hasta en la vejez les eran familiares, como tranquila era su vida; y la incomodidad del camino no les causaba molestia, por lo mismo que les atraía el amor á su amada hija María. Y aquí imaginémonos con cuanta alegría en el corazon cogería la buena Ana su velo de viaje, apresurando con su deseo el emprender el camino de la ciudad santa. ¡Oh!

(1) PROV. XXII, 6.

cuán interminables debían parecerle aquellos caminos, que veía serpentear desde léjos sobre las alturas de los montes, y abajo por las llanuras, medidos con la rapidez de sus desos! ¡Cuán eternos aquellos bosquecillos de higueras y palmas, y aquellos floridos grupos de encinas y sicomoros que desfilaban á su vista de trecho en trecho! ¡Oh madres cristianas! ¿teneis vosotras este vivo y tierno amor para con vuestras hijas? Si así fuese, no estando colocadas como María, no consentiríais nunca dejarlas solas, especialmente en compañía de confianza dudosa, ni les consentiríais peligrosas correspondencias, aparentemente inocentes; pues, sencillas palomas como son, de un sólo punto, y aún os diré de una mirada inocente, suele en este mundo depender su ruina. No os excuseis, diciendo: que sea esto fastidiosa severidad, pues la experiencia, maestra que no engaña, os dice, que una muchacha abandonada á sí misma es un milagro que llegue á buen fin. Y hecha esta advertencia para vuestro bien, volvamos al hilo de nuestra historia.

Una vez hecha la resolución del viaje, y llegado que hubieron á Jerusalem, se acomodaron, definitivamente, en un pobre y humilde albergue, cerca del Templo. Ana, como podeis presumir fácilmente, tuvo de ello un extraordinario contento, porque con toda comodidad podía aquí, mejor acaso que en Nazareth, servir al Señor, y también por ofrecérsele ocasion de ver con frecuencia á su amada y bendita hija María. ¡Oh mujer afortunada! ¿quién sabe cuántas veces en las tranquilas y bellas noches de verano, hilando sentada en el umbral de tu casa, te escapó el huso de la mano, toda absorta como estarías pensando en tu hija María, fijos los ojos al dorado techo del Templo? Luégo, entrando en él para orar, y al verla pasar delante con sus jóvenes compañeras sollozando de dulzura y de júbilo (1): ¡Bendita tú, diría, dentro poco ya no te veremos más, cuando tu padre y yo estaremos en la tumba! Raras veces engañan ciertos presentimientos del ánimo conmovido, pues, en verdad, al cabo de pocos días sobrevino á Joaquin una imprevista enfermedad, no tardando en manifestarse los señales de su cercana muerte. Pronto acudieron los deudos y amigos á rendirle un testimonio del afecto de su corazón, pues, en aquellos dichosos tiempos, las familias estaban unidas entre sí con lazos de sincera y afectuosa benevolencia; tan diversa de nuestras amistades de ahora, que ostentamos grande cariño mientras el amigo no esté en necesidad de nuestra ayuda; pero, en el día de la miseria, ó del infortunio, queda abandonado y

(1) Orsini: *La Vergine*, tom. 1, cap. vi.

solo, y muere en brazos de la desolacion. Así, pues, hallándose el venerable Joaquin rodeado de benévolos y afectuosos amigos y parientes, derramó dulces lágrimas de ternura, y luégo empezó á decirles: «Os ruego que no os aflijais por mí: he vivido bastante sobre esta tierra, y poco me importa que el soplo de la muerte venga á allanar mi tienda; ántes estoy contentísimo de que esté próximo el momento de pasar de este planeta de lodo á otro mundo, mucho más bello y risueño que éste, al seno de Abraham, en donde me será dado reposar eternamente.» ¡Dichoso aquel, hermanos míos, que en la hora de la muerte puede con seguridad proferir esas consoladoras palabras, indicio cierto de la predestinacion divina! Pero, para gustar tales sentimientos de tranquilidad y esperanza, ¡cuánta virtud no ha sido necesario practicar! y ¡cuán rectamente se ha de haber andado siempre por los caminos de la justicia y de la santidad!

Esto es, precisamente, lo que había cumplido el buen Joaquin; y así, al sentir que sus fuerzas vitales iban extinguiéndose, hizo, segun era costumbre entre los Hebreos, en presencia de todos los circunstantes, con voz tranquila, la confesion de aquella faltas ó defectos que hubiese podido cometer, ya que ni los justos están exentos de ellos; y despues de ofrecer su muerte al Juez supremo en expiacion de los mismos, se abandonó confiado en su piedad y misericordia (1). Cumplido este deber, mandó por su hija María para verla y bendecirla por última vez sobre la tierra: la cual, con permiso de los sacerdotes, fué al instante á su presencia (2). ¡Ah! no me preguntéis, hermanos míos, lo que sentiría en aquel momento el delicado corazón de María, pues me confieso incapaz de expresarlo. Angel de sensibilidad y de inocencia, y espejo de ternura y amor filial el más puro y santo de todos los de la tierra, arrodillose, y anegada en lágrimas, no pudo en aquel momento proferir un sola palabra. Y Joaquin, moribundo, mirándola piadosamente con expresion de tal tristeza, que hizo derramar lágrimas á todos los circunstantes, y como padre amoroso y justo, alzó sus moribundas manos para bendecirla. ¡Pobre padre! Mas en aquel instante se abrió á sus ojos el espectáculo de la grandeza y de la gloria que la aguardaba en la tierra y en el cielo; á cuya vista se manifestó en su rostro la alegría de los Ángeles; y así, anticipadamente bienaventurado, inclinando dulcemente la cabeza, entregó su alma á Dios. ¡Oh muerte de los justos, verdaderamente preciosa en la presencia del Señor (3)! No; tú no eres muerte, sino

(1) Basnage: lib. VIII, cap. XXIV.

(2) Orsini: *La Vergine*, tom. 1, cap. vi, en la nota, pág. 128.

(3) PSALM. CXV, 4.

un dulce sueño, ó como si dijéramos, un dulce tránsito de esta miserable tierra á la felicidad del Cielo. ¿Qué tiene que temer de tí el justo? Eres una amiga, que vienes á romper las cadenas que le sujetan acá abajo. Y si debe dejar los frágiles despojos de que se hallaba revestido su espíritu en la tierra, sabe que resucitarán gloriosos é incorruptibles en el último dia. ¡Oh muerte de los Santos, dulce, suave y preciosísima en presencia del Señor!

Luégo que hubo espirado el venerable Patriarca, todas las personas presentes prorumpieron en llanto y agudos ayes. Las mujeres golpeábanse el pecho y se mesaban los cabellos (1); los hombres cubrían su cabeza con ceniza, y rasgaban sus vestiduras: se abrieron todas las ventanas de la casa (2); y cerca del cadáver se puso á arder una lámpara de cobre de varias luces, que arrojaba melancólica luz, reflejada por el pálido, pero sereno rostro del varon justo, que acababa de fallecer. Entónces quedó en poder de las personas que estaban encargadas de lavarle, para llevarlo despues á la sepultura (3). ¡Tal fué, hermanos míos, la muerte del justo Joaquin! Pero no olvidemos, que esta muerte tan sólo está reservada á aquellos que hayan procurado amoldar su vida á los mandamientos del Señor, á fin de que puedan decir en la última hora: por la gracia de Dios, no tengo remordimientos que me torturen, y estoy pronto á comparecer en la presencia del Criador y Redentor, confiando en su misericordia. Pero, aguardar tal muerte con el aguijon en el alma de una cadena de pecados cometidos hasta aquel instante, no sé si llamarlo necedad ó delirio,

Miéntas tanto, se habían reunido una multitud de mujeres que lloraban amargamente, y tañedores de flauta, segun la costumbre hebráica, delante de la casa del finado (4): pasaron en primer lugar los allegados, y subieron al aposento principal, en donde cargáronse sobre las espaldas el cadáver de Joaquin, y luégo se dirigieron hácia la sepultura por las calles de Jerusalem, recitando cánticos fúnebres, confundidos con el triste y melancólico sonido de las flautas y los agudos lamentos de las mujeres que componían el cortejo; con éstas iban, segun costumbre hebráica, Ana y María, que andaban con la cabeza inclinada en medio de matronas de su familia, llorando copiosamente. La comitiva salió fuera por la puerta del Ganado, llamada despues por los cristianos la puerta de la Virgen; y llegado que hubieron al

(1) San Jerónimo.

(2) Maimonide.

(3) Basnage: lib. vii. cap. xxiv.

(4) Fleury: *Costumbres de los Hebreos*.

lugar de la sepultura, suspendido el sonido de las flautas y los lamentos de los que lloraban, el que presidía la fúnebre comitiva dirigió al cadáver esta alocucion: «¡Bendito sea Dios, que te formó, nutrió, mantuvo, y, por último, te quitó la vida! ¡Oh muertos! Él sabe cuantos sois; y un dia os resucitará. ¡Bendito Aquel que quita la vida y la devuelve (1)!» ¡Oh palabras de suave consolacion! Dios nos quita la vida, pero nos la devolverá. ¡Bendita sea su sabiduría, su bondad y misericordia! ¡Oh! abandónense á desesperado dolor los que no tienen fé, ni saben cuán dulce cosa es sufrir por aquel Dios que nos crió y redimió! Pero, quien ama y cree, repetirá en vida y muerte, en el dolor como en la alegría: ¡Bendito sea Dios! bendito, si nos envía una enfermedad; bendito, si nos deja caer en la pobreza; bendito, si por la muerte nos priva de las personas más amadas (2), puesto que, cuanto hace ó permite, lo ordena y dispone todo á altísimos y santísimos fines: esta consideracion debe bastarnos para tranquilizarlos y bendecirle.

Concluida la alocucion, se puso sobre la cabeza del difunto un saquito de tierra, luégo se cubrió y cerró el féretro; y, finalmente, se cavó la fosa en una gruta oscura, llamada por los fariseos: LA CASA DE LOS VIVIENTES (3), donde el Patriarca debía dormir su último sueño, aguardando uno á uno á todos los individuos de su familia. En aquel instante resonaron de todas partes agudísimos ayes, que destrozaban el corazon: arrojóse Ana sobre el féretro para dar el último á Dios al pacífico compañero de su vida, y se debió levantarla desvanecida. Y sin otra ceremonia, se confiaron á la tierra los restos mortales del varon justo, rotulando y adaptando á la entrada de la caverna sepulcral una enorme piedra, que nadie podía remover sin incurrir en pena de excomunion. Entónces el llanto empezó de nuevo, si cabe más desgarrador y doloroso que nunca; miéntas tanto los circunstantes, arrancando por tres veces del suelo un poco de yerba y echándola hácia atrás sobre la gruta, proferían estas palabras á medida que se retiraban: «Reflorearán un dia como la yerba de los campos (4)!» Así terminaron las exequias del descendiente de los reyes de Judá, padre de María, y abuelo de Jesucristo, segun la carne, san Joaquin. Y en la tumba acaban, por último, todas las glorias y grandezas humanas, no quedando para más allá que la virtud y el

(1) Leone di Modena, *Costumi de' Giudei*.

(2) Job i, 21.

(3) Basnage; lib. vii. cap. xxiv.

(4) Fleury: *Costumi degli Ebrei*; Leone di Modena, *Costumi de' Giudei*; Basnage, lib. vii. *Correspond. d' Orient.*, tom. v.

vicio; aquélla, para hacernos bienaventurados y gloriosos; y éste, para marca terrible de infamia y de eterna condenacion. Hermanos míos, no desprecieis estas mis palabras diciendo en vuestro corazón: harto lo sabemos; ni es menester que, con tanta frecuencia, resuenen en nuestros oídos semejantes gritos de muerte. ¿Qué decís? ¿Decís que lo sabeis? Pues yo os pregunto: ¿por qué, sabiéndolo, lo tomáis á broma, sin embargo, como un juego de vuestra última hora, cual si fuese mentira? ¿Lo sabeis? y no obstante, solo pensais en delicias y placeres mundanos, sin fijar la atención por un solo instante, en que dentro poco, deberá disolverse vuestro tan complacido cuerpo, no quedando señales del mismo. ¿Lo sabeis? y, con todo, en vuestro delirio desafiáis la muerte, que ya llama á la puerta de vuestra casa, y dentro poco, reducidos á polvo, cambiará vuestras sacrílegas chanzas en gritos de eterno furor. ¡Oh estúpidos! oh insensatos! oh locura jamás oída en los siglos! gozarse con un pasajero placer de un día, de un momento, para ser castigados por Dios con eterna desolación!

¡Ah, Dios mío! ¿y quién podrá jamás comprender la estupidez con que nosotros, al pecar, corremos alegremente en busca de la muerte, que nos persigue y rodea por todas partes, y se nos muestra bajo mil aspectos, y derriba cada día á nuestra vista nuevas víctimas, á fin de que para nuestro bien y nuestro gobierno, nos despierte del sueño, y nos llame de nuevo? Nos llame de nuevo, he dicho, para que consideremos atentamente nuestro futuro destino; pero nosotros, como si esto nada nos interesara, decimos con aquellos miserables de que hacen mención los Libros santos: Venid, gocemos, coronémonos de frescas rosas, pues el porvenir es nuestro, y nadie podrá turbar nuestros placeres, ¡Desgraciados! La muerte llama ya á la puerta, y no la vemos; llama, y nos tapamos los oídos para no oírla; y casi nos gloriamos de haberla rechazado de este modo, y habernos sustraído á su imperio. ¡Ah! ven, Dios mío, ven á despertarnos con tu poderosa gracia de este profundo letargo, que pronto va á precipitarnos para siempre en el abismo; y haz que, por fin, comprendamos cuán terrible será la muerte, después de la cual nuestra suerte quedará decidida por toda una eternidad. ¡Oh Joaquín! á tí no te causó espanto, porque tu vida fué vida de virtudes: pero ¿cómo se presentará á nosotros, miserables y llenos de culpas? ¡Gran Patriarca! por tus méritos y por los de tu dulce hija María, alcánzanos la gracia de comprender la grande importancia que envuelve el paso del tiempo á la eternidad, para que, temblando útilmente á la vista de la muerte, no nos aterre cuando venga á arrebatarnos, sino que nos consuele, como ángel que nos llama á vida más feliz; á la vida del

amor y de la gloria que Dios tiene preparada á todos aquellos que habrán sido fieles sobre esta tierra á sus sagrados preceptos; abrazado su cruz, y de este modo, mediante su gracia, se habrán hecho dignos de la eterna retribución. ¡Así SEA!

DIA UNDÉCIMO.

LA PÉRDIDA DE LA MADRE.

Omnes morimur, et quasi aquae dilabimur in terram, quae non revertuntur.

Todos nos vamos muriendo, y deslizando como el agua derramada por tierra, la cual nunca vuelve atrás.

(II REG. XIV, 14.)

Hermanos míos; cuando Job dijo, que la vida del hombre es una perpétua guerra sobre la tierra (1), compendió en pocas palabras toda la historia del género humano, rebelado contra su Criador por la culpa de nuestro primer padre. En efecto; contemplad á este sér misterioso, que se llama y es, verdaderamente, rey del universo. ¡Infeliz! nacido de mujer, apenas vive un cortísimo tiempo, y en medio de horribles miserias: nace por la mañana cual orgullosa flor, y por la noche ya no existe: huye con la rapidez de la sombra: pasando de cambio en cambio, hasta abismarse en la tumba para siempre (2). O si queremos servirnos de otra comparación, diremos que nuestra vida es un torrente, que persiguiendo precipitadamente á sus olas, desaparece al pasar, sin que quede el menor rastro de su orgullo y furor. Así es como los años van acumulándose sobre nuestra cabeza, y con ellos los disgustos, las tribulaciones y los dolores. Bien quisiéramos, de trecho en trecho, detener el paso,

(1) *Militia est vita hominis super terram.* JOB. VII, 1.

(2) JOB. XIV, 1 y 2.